

¿Negó Hume la causalidad?

Respuesta afirmativa es la que comúnmente se suele dar a semejante pregunta; y afirmativa, digo, con todo aplomo, sin el menor asomo de duda.

Las historias filosóficas nos presentan a Hume como «fenomenista excéptico» en cuanto a su metafísica, y esto, porque toda afirmación metafísica, aun la del propio yo, tendría que ir informada por la idea metafísica de causa, sobre cuyo valor objetivo no tendríamos ninguna prueba; según esto, se ve en qué plano para la metafísica de Hume.

Es ya famosa y clásica la confesión de Kant en la mitad del Prefacio a la Crítica de la razón pura: «Confieso con franqueza que la indicación de David Hume fué sencillamente la que, muchos años antes, interrumpió mi *adormecimiento dogmático*, y dió a mis investigaciones en el campo de la filosofía especulativa una dirección completamente distinta».

El Padre Franzelin, en su «*Quaestiones selectae*», comenzando de la página 24, dedica 5 llenas páginas en exponer y refutar argumentos e instancias contra la objetividad de la causa, sacados de la obra del filósofo de Edimburgo: «Investigación sobre el entendimiento humano» lec. séptima: de la idea de la concepción necesaria. Trad. de la Ed. Losada, Bs. As. 1939, pág. 103. etc.

Sería cosa fácil multiplicar citas de los manuales de metafísica, en que, como en el anterior, se tiene a Hume como adversario de la objetividad de la causa.

Estas opiniones, con todo, no dejan de tener su buen fundamento en las obras de Hume: en el «*Tractatus de humana natura*», lib. I, pág. 3, define Hume por causa un objeto que de tal modo *sigue* a otro, que la presencia del primero, nos hace esperar la del segundo, dado que siempre hemos experimentado esa consecución de ambos objetos. Afirma también Hume, al dar fin a sus inquisiciones, que un libro teológico o metafísico, que no contenga estudios meramente matemáticos, o se apoye en otros puntales que en los experimentales, debe ser arrojado al fuego, ya que sólo «puede estar inficiado de sutilezas e ilusiones». Hemos dado, además, más arriba, la cita en que podemos encontrar las dificultades del filósofo respecto a la casualidad.

Pero, he aquí, que, editado en 1941 en la ciudad de Londres, ha aparecido un libro de Norman Kemp Smith: «*The philosophy of David Hume*», cuyo capítulo XVIII lleva este encabezamiento: «*I never asserted so absurd a Proposition as that any thing might arise without a cause*» Hume, in letter to John Stewart (1754).

Extractemos del apéndice puesto al dicho capítulo:

«En 1754, dice el apéndice, la asociación filosófica de Edimburgo, (hoy día, la Real Asociación de Edimburgo) dió a luz un volumen (el primero de una serie de tres) intitulado: *Opúsculos y observaciones, físico-literarios, leídos ante una Asociación en Edimburgo, y publicado por la misma*».

El prefacio del volumen termina con la declaración: «Quien quiera favorecer a la As. con algún trabajo que se contenga en los límites de su plan, puede enviarlo, o bien a Mr. Alejandro Monro, profesor de Anatomía en Edimburgo, o bien a Mr. D. Hume, bibliotecario del Colegio de Abogados».

El Prefacio lleva las señas inequívocas de haber salido de la pluma misma de Hume.

El segundo artículo: «*Algunas advertencias sobre las leyes de movimiento e inercia de la materia*», está escrito por Juan Stewart, y contiene el siguiente pasaje y nota:

«Que algo pueda existir o empezar a ser sin una causa, ha sido promovido en un sistema de filosofía escéptica: sistema en verdad muy ingenioso y profundo. *NOTA*: Tratado sobre la naturaleza humana, tres volúmenes, octavo. El sistema en general, es una obra al alcance sólo de los peritos: en los Opúsculos morales y políticos tenemos el gusto de encontrar un compedioso resumen del dicho sistema, al alcance ya de capacidades no extraordinarias. Añádase a estos Opúsculos (para ayudarlos) el provechoso comentario de Lord Kames: «*Ensayo sobre moral y religión natural*». (Prosigue el texto del pasaje:) Pero tal sistema aún no ha sido adoptado por ninguna de las asociaciones que velan por el progreso de la filosofía. Tal sistema sublime, sobrepasa la esfera de los filósofos más grandes de la tierra. Un hombre que cree que una percepción pueda darse sin un sujeto que perciba, bien podrá comprender que se pueda dar una acción sin su agente, o algo que se produzca, sin su causa. Y el autor de esta nueva y maravillosa doctrina, comunica confidencialmente al mundo entero, que al reflexionar él sobre sus propios actos internos, no puede descubrir sino una serie de fugaces percepciones; de donde concluye que el mismo no pasa de ser un manojo, un haz de semejantes percepciones».

A tan irónico comentario parece debió contestar Hume en una respetuosa pero sentida carta, fechada según Greig en Febrero de 1754 (Cf. Letters, i, p. 185). Su contenido, parece ser decisivo en este punto; extractaremos:

«Señor: Soy tan amante de la paz, que estoy resuelto a bandonar este asunto por completo, y a no introducir en el prefacio palabra alguna, que pueda tener relación con su opúsculo... Además estoy tan seguro, como puedo estarlo de alguna cosa, (y no soy tan escéptico como quizás usted se lo imagina), que el introducir usted tan notables modificaciones en la copia impresa, procedía solamente de precipitación...; no me valdría de semejante incidente para desdorar a un hombre de mérito a quien estimo, aunque tuviera razones para quejarme de él... En argumentos filosóficos se ha de evitar toda chocarrería... No tengo dificultad en confesar mis errores...; pero permítame que le diga que *nunca afirmé proposición tan absurda como que alguna cosa pueda surgir sin una causa: solamente he defendido que nuestra certeza sobre la falsedad de tal proposición no procede ni de intuición, ni de*

demonstración, sino de otras fuentes... Cuando un hombre de juicio yerra al interpretar mis ideas, declaro sinceramente estar enfadado: pero conmigo mismo solamente, por haber expresado mi pensamiento tan mal, como para dar lugar a la equivocación. Para que vea que de ninguna manera tengo dificultad en admitir errores en los argumentos, reconocí, (lo que es infinitamente más material (?)) un gran yerro en mi conducta: el haber publicado el tratado sobre la naturaleza humana, libro que pretendía innovar, en todas sus partes, aun las mejores, la filosofía, y que compuse a los 25 años de edad. Sobre todo, la actitud positivista que en él prevalece, (actitud que puede imputarse al ardor de la juventud) me desagrada tanto, que no tengo paciencia para revisarlo...

Su más obediente y humilde servidor. - D. Hume.

No olvidamos que una cosa es la tesis de un autor, su pensamiento, su sentencia, y otra muy diversa, las consecuencias varias que de tal tesis, pensamiento o sentencia, pueden, con mayor o menor lógica, sacar los críticos, muchos de los cuales quizá no adviertan la seriedad de su papel, y el trabajo que éste les impone de estudio minucioso de las obras que critican.

Es evidente, que, de ser esta carta auténtica, hemos de confesar que hay mucho papel perdido en tantas historias y manuales metafísicos.

LUIS CARRANZA, S. I.

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

MONS. OTOKÁR PROHÁSZKA, *Cartas sociales*. Editorial Poblet. Bs. Aires, 1945.

He aquí una obra a la que hay que aclarar el título; no se trata del problema social obrero; su finalidad fué otra. Durante la guerra de 1914 este obispo húngaro escribía pequeños artículos para alentar a su pueblo en horas tan duras; la brevedad de ellos, la fina sugerencia, la forma literaria selecta y su espíritu sobrenatural los hacen muy agradables. Los temas son variados y se los ofrecen las circunstancias: el advento, la cuaresma, los hechos históricos, etc., y sabe con estos elementos hacer un artículo que responde a una necesidad espiritual con una solución llena de novedad.

Son sociales estas cartas porque tratan de fundamentar en Dios el amor al prójimo y porque en una guerra la unión y caridad entre los miembros de la sociedad es necesaria; para él la comunión de los santos es esencial; debemos establecer entre nosotros «el movimiento circulatorio de la bondad»; la caridad de servicio invade toda la obra, porque la caridad no es un acto de compasión a un inferior, sino un servicio a uno que es igual a nosotros.

La sombra del bien es el mal, pero «Benditos aquellos que saben poner en el mal el bien; porque aunque es cierto que la guerra es un gran mal, en este tiempo es cuando florecen más admirablemente las virtudes, cuando no decimos ya como Agar al ver que se muere su hijo: «No quiero ver», sino que acudimos a consolar las miserias de los otros; la guerra hace orar a los que antes no oraban, nos hace ver al mundo en su descarnada pequeñez; la guerra con su sentido de expiación es fuente de nuevos bienes. En esas horas brota la confianza en Dios: «un hombre solo, si tiene a Dios, tiene siempre la mayoría»; así ascendemos a la región serena de los sobrenaturales, sabemos dar la solución cristiana al problema de la muerte, porque su guadaña la maneja el «Señor de la mies, que recoge el grano dorado, el alma buena». Somos como el buen samaritano que no cayó en mano de los ladrones, pero tuvo en su camino la dicha de hacer el bien y nosotros podemos ser bienhechores de dos mundos: «Apresurémonos a ayudar a los que están en el más allá. Ellos fueron, sí, pero llevaron en el alma estampada nuestra imagen; y si ahora nos encontrásemos con ellos y levantásemos los negros crespones, pronunciarían nuestro nombre con la misma moludación de antes, que sigue resonando todavía en nuestros oídos... Nos preceden y nosotros los seguimos; dentro de poco nos encontraremos de nuevo... Seamos bienhechores de ese otro mundo de dolor, seamos sus misericordiosos samaritanos» (págs. 42 y 43).

Aun en las tristezas: «No hay que gemir el credo, sino cantarlo con júbilo» (115). Hay que saber buscar a Dios a través del sufrimiento, hasta que nos responda «como aquel juglar que buscaba a Ricardo Corazón de León: se fué en busca de su señor, y pasando de un castillo a otro, entonaba en las noches silenciosas ante las verjas de las prisiones, la canción favorita del rey, esperando que éste le contestase, infundiéndole alegría y esperanza. Llegó a encontrarle» (160).

Así es la palabra de Monseñor Prohászka, llena de fe y de poesía; el ejemplo y la comparación brotan fácilmente de su pluma con una maestría oriental; bien digo oriental, porque Hungría recibió sus hombres del Asia, en que domina la parábola y el apólogo en la enseñanza; por eso sus autores nos enseñan siempre narrando y tienen además el sentido de la poesía en el modo de instruir; las palabras reflejan un pensamiento imaginado vividamente, que

Nota: El *Fichero de Revistas* no se ha podido incluir en este número, pero aparecerá con doble extensión en el siguiente.